

PASAJE
at NUEVO
MUNDO

TÀNIA JUSTE



MAEVA

Puerto de Barcelona, 1918

Desde primera hora de la mañana los estibadores trabajan en el muelle adosado donde se halla amarrado el vapor *Reina Victoria Eugenia*. El vientre del gran transatlántico lleva dos días y dos noches engullendo mercancías, baúles y toda clase de carga necesaria para el viaje al Nuevo Mundo. El sol casi ha llegado al punto más alto del cielo, y con su luz resplandeciente parece anunciar el verano que el buque encontrará al traspasar la línea del ecuador. Los pasajeros embarcan a medida que van llegando. La tercera clase parece ir repleta, aunque alguien ha dicho que donde acabará de llenarse será en los puertos de Málaga, Cádiz y Santa Cruz, pues allí embarca la gente llegada de los distintos pueblos de España. Se distingue a algunos pasajeros mejor vestidos que cargan maletines de piel y sacos de viaje y muestran al sobrecargo sus billetes de segunda clase: comerciantes, empresarios, aventureros venidos a más. Sin embargo, todas las miradas en el muelle son para la aristocracia del barco, los últimos en llegar: los pasajeros de primera clase, rodeados y asistidos por un enjambre de mozos, vigilan atentamente sus numerosos baúles, que ya se introducen en las bodegas del *Reina Victoria Eugenia*. Solo alguien con mucha imaginación sería capaz de intuir las sedas, los terciopelos y todas las delicadas prendas que viajan en su interior. Las damas de primera clase se dejan ayudar por sus esposos al poner, por primera vez, sus delicados zapatos en la pasarela del gran vapor. Sus sombreros les ocultan el rostro de las miradas curiosas, y los cuellos, esos cuellos de cisne que algunas

damas poseen y otras no, se cubren con las mejores pieles para protegerlos del frío de diciembre.

Cada vez hay más gente concentrada en el muelle, donde se extiende la agitación de la última hora antes de partir. No tardará mucho en sonar el primer toque de sirena, y entonces las lágrimas, los abrazos, las despedidas adoptarán ese aire apremiante del último instante.

Berta Casals ha subido al transatlántico y recorre los salones de primera clase acompañada de su padre, que se dedica a emitir sonidos guturales cada vez que algo lo satisface. Se pasean de una estancia a otra descubriéndolo todo, percibiendo el sonido apagado de sus propios pasos al pisar los suelos alfombrados. Admiran cada detalle del lujo que se respira en los muebles, en los tapices ingleses, en los grandes vitrales decorados que filtran una luz de múltiples colores. Transitan entre una pequeña multitud que va en aumento a medida que se acerca la hora de la despedida. Cada pasajero se halla rodeado de sus seres queridos, que todavía no han abandonado el barco, y bajo el rumor de las conversaciones forzadas —donde se percibe una cierta tensión ante la inminencia de la partida—, el padre de Berta se muestra muy serio a pesar de los esfuerzos que hace ella por romper el silencio.

—¿No es fascinante, padre? —dice ella.

Berta tiene los nervios a flor de piel, aunque no ganará nada si se hunde ahora. Desde que han llegado al puerto, todo el periplo que está a punto de vivir se le antoja más real que nunca, y un sinfín de sensaciones contradictorias empieza a acumularse en su mente mientras percibe que el nudo que se le ha hecho en el estómago ya no la va a abandonar. Ahora sí, se marcha a América, Argentina será su nuevo hogar y apenas le queda tiempo para estar con su padre. ¿Volverán a verse algún día? De vez en cuando lo observa de reojo y trata de registrar cada detalle de ese rostro conocido y amado, pues quizá el

tiempo y la distancia puedan hacer que lo olvide. Durante toda su vida lo ha visto ir y venir, mientras su madre y ella permanecían en casa. Pero ahora es ella quien se marcha, y lo hace para no regresar. ¡Si piensa en todo lo que le espera! Berta siente cómo la invade la angustia, pero se contiene y saca coraje una vez más. Le lanza una sonrisa a su padre, como si nada la atormentara. A menudo, durante estas dos últimas semanas —que han sido las de los preparativos—, le ha parecido transitar por un sueño del que de repente fuera a despertar, percatándose entonces de que nada había sido real, de que jamás había existido una propuesta de matrimonio proveniente del otro lado del océano y de que ella, por consiguiente, no la había aceptado. Sin embargo, los vestidos han sido cuidadosamente doblados e introducidos dentro de los baúles, la ropa bordada con las iniciales de ambos —B de Berta y J de Julio—; y por encima de todo está el rostro de su padre, en el que, a su pesar, se ha instalado cierto aire de tristeza y melancolía, lo que le hace tomar conciencia de que sí, de que todo es real.

Ahora ya solo quedan dos semanas largas —el tiempo que va a durar la travesía por mar— para convertirse en una mujer casada, en la señora de un rico estanciero de la Patagonia. Don Julio Mitchell..., murmura para sus adentros, tratando de familiarizarse con el nombre. Un hombre mucho mayor que ella de quien conoce su letra por la carta que le envió, pero de quien apenas recuerda su rostro debido a los años que han transcurrido desde la última vez que lo vio. Tan solo era una niña, y fue en una sola ocasión, cuando padre le presentó a aquel argentino con quien hacía negocios. Y ahora... Ahora será mi esposo, piensa. Irá a recibirla al puerto de Buenos Aires con todos los honores, y se celebrará una boda organizada por su futura cuñada, una señora a quien tampoco conoce. Berta procura sacudir estos pensamientos de su mente y concentra toda su atención en el lujo que los rodea.

—Este hall parece de esos que hay en los grandes hoteles de París, ¿verdad, padre? ¡Quién diría que estamos en un barco!

Su padre asiente con una leve sonrisa, aunque tose un poco porque no desea recordar. Su segunda esposa, Lisette, no ha venido. Y ha sido un detalle por su parte, porque así padre e hija pueden despedirse en la intimidad.

—Y esto es solo el principio. A partir de ahora te habituarás a todo tipo de lujos —le augura el padre mientras la empuja levemente por la cintura, haciéndola pasar delante de él. Acceden a la biblioteca, un espacio repleto de libros y grandes ventanas que miran directamente al mar—. Aquí puedes pasar buenos ratos, con lo mucho que te gusta leer.

—Seguramente —responde Berta, un tanto evasiva.

Su padre sigue hablando mientras toma asiento en un rincón para dejar pasar el tiempo:

—Ha sido un gesto muy generoso que don Julio te mandara billete de primera clase, hija. ¡Mi niña viajará hacia su futuro como una verdadera reina!

Mi niña. Berta reposa la cabeza en el respaldo de su asiento y contempla las aguas en calma del puerto a través del cristal. Su padre no la llamaba así desde antes de morir madre, quizá desde que todavía era en verdad una niña. Ya no lo es. Intenta imaginarse a sí misma en una gran finca ovejera de la Patagonia, casada con un rico argentino. «La gran aventura de mi vida», dijo ella el día en que se decidió. Porque padre lo ha querido dejar bien claro: fue ella quien tomó la decisión. Él tan solo le mostró la carta que don Julio le había escrito: la ayudó a recordar aquella vez en que años atrás le presentó a un señor con quien tenía tratos comerciales —un hombre respetable, hecho a sí mismo, un gran terrateniente a quien el padre de Berta compraba las balas de lana de sus ovejas para luego venderlas a sus hiladores—. Y le había leído la carta en voz alta, la parte en que don Julio le pedía la mano de su Berta, ahora que había transcurrido algún tiempo desde que la muchacha perdió a su madre y su padre se había vuelto a casar, «con todo respeto y humildad, para formar una familia y un hogar aquí, en la Patagonia». Una vida al otro lado del

océano. «¿Y por qué yo, si no me conoce?», había preguntado Berta llena de asombro en un primer instante, mientras su mente trataba de recordar a aquel señor a quien solamente había visto una vez, siendo ella tan jovencita. Había sido durante una de sus visitas con madre a París. Padre tenía su pequeño despacho en la capital, donde trabajaba de lunes a viernes. En ese reducido espacio cerraba sus tratos con diversos proveedores de lana del mundo, para luego recibir pedidos de los grandes hiladores de Francia, de Inglaterra y de otros lugares. Mientras padre trabajaba en París, madre e hija permanecían en Louveciennes, donde tenían el hogar familiar. Hasta que llegaba el viernes por la tarde y padre aparecía de nuevo, dejando atrás su intensa semana de trabajo. Pero no siempre era así: algunas veces les hacía llegar una nota para que se reunieran con él en la ciudad. ¡Entonces Berta saltaba de alegría ante la expectativa de un fin de semana en París! Porque aquello significaba acudir al teatro, visitar salas de exposiciones donde se exhibían cuadros maravillosos que la hacían soñar con lugares lejanos que algún día visitaría. Y también largos paseos de sábado por la mañana por las Tullerías o los Jardines de Luxemburgo. Berta hizo un esfuerzo por recordar el momento de extraordinaria irrealidad del fin de semana en que padre le había presentado al caballero argentino. Habían llegado el viernes al atardecer y padre les había hecho pasar a su despacho. La última visita del día se había demorado más de la cuenta, y esa fue la razón por la que Berta llegó a conocer a aquel proveedor. «Un gusto», dijo él nada más verlas, besando primero la mano de su madre y a continuación la suya. Berta recordó que se le habían encendido las mejillas a su pesar, porque esa fue la primera vez que un hombre besó su mano. Madre había dedicado los minutos siguientes a intercambiar algunas frases de cortesía con aquel hombre, mientras a su lado la hija trataba de ocultar su sonrojo. Lo único que Berta podía recordar ahora de ese caballero era su aire elegante y distinguido y su gracioso acento argentino. El

resto había quedado en el olvido de las pequeñas anécdotas familiares, ya que su madre se quedó ese día tan impresionada como ella al comprender que su pequeña había empezado a hacerse mayor. Un recuerdo más, sin mayor importancia hasta el momento en que padre la había hecho partícipe de esa proposición inusual. «Hace años que don Julio me pregunta por ti, aunque jamás pensé...», había dicho padre una vez leída la carta, pero la frase quedó inacabada.

Ahora, embarcada en el gran transatlántico, Berta persiste en su esfuerzo por recordar más detalles de ese señor, pero no lo consigue. Jamás habría pensado que de ese encuentro antes de la guerra, cuando ella todavía jugaba a las muñecas, cuando aún vivían en Francia y madre todavía estaba entre ellos, surgiría la gran aventura de su vida. Después de leer la carta, padre lo dejó en sus manos. Él no quería opinar, no deseaba influir, aunque le había rogado a Berta que lo meditara bien, que analizara su situación y solamente entonces, convencida, le diera una respuesta firme. Y Berta lo pensó, sobre todo teniendo muy presente aquello que padre había llamado «su situación». ¿Qué vida le esperaba junto a su padre y Lisette? Pronto querrían aumentar la familia y Berta sería un estorbo, o tal vez sería ella misma a quien la nueva situación le resultara incómoda. No es que le reprochara a su padre el haber buscado consuelo en una jovencita como Lisette, una vez fallecida su madre; ni siquiera que hubiera acabado casándose con ella. O quizá sí que lo hacía, y por eso no se había esforzado en entenderse con ella. Madre se hallaba tan presente en cada rincón de Louveciennes que Berta estaba convencida de que aquel había sido el motivo por el cual padre había trasladado a su nueva familia a Cataluña, el lugar donde él había nacido. Afirmaba que la guerra había sido la causa, argumentaba que en Cataluña estarían más seguros, aunque Berta no creía que esa fuera la verdadera razón: en el piso de Barcelona donde se habían instalado en el último año y que Lisette había decorado enteramente a su gusto, nada recordaba a

madre. Así pues, en los días que siguieron a esa carta enviada desde el otro lado del océano, Berta había reflexionado mucho y sopesado sus posibilidades. A pesar de que Barcelona le resultaba una ciudad atractiva, con sus avenidas a medio construir, sus terrazas al sol y una vida semejante a aquellos fines de semana en la capital francesa, allí no conocía a nadie. De hecho, los únicos catalanes a los que había conocido en su vida no estaban precisamente en Barcelona, sino en el pueblecito de L'Escala, en la costa mediterránea, donde padre había nacido y donde acostumbraban a pasar las vacaciones de verano en vida de madre. ¿Qué la ataba, entonces, a ese lugar donde padre pretendía construir su nueva vida? A Berta le resultaba difícil imaginarse como parte de ella. Y justo entonces se le ofrecía comenzar de nuevo, a sus oportunos veinte años. Julio Mitchell era un hombre mucho mayor que ella, tal vez no llegaría a amarla, pero ¿cuántas propuestas tan extraordinarias como aquella para emprender su propio camino recibiría en su vida? Seguramente era la decisión más inapelable que jamás tomaría, pero una poderosa fuerza la impulsaba a aferrarse a aquella oportunidad y a emprender el viaje hacia el Nuevo Mundo.

Berta observa discretamente a su padre desde el sofá donde está sentada en la biblioteca. Antes, cuando él la ha acompañado a su camarote para instalarse, una habitación de lujo para ella sola, le ha visto entregar una buena propina a la camarera para que cuide de ella. A padre le remueve la conciencia embarcar a su hija y mandarla al otro lado del mundo, pero las cosas han ido de este modo.

—Ha sido mi decisión —le repite Berta una vez más, siguiendo el hilo de sus pensamientos. Y llenándose de una seguridad que ni ella está convencida de poseer, le asegura—: Todo irá bien.

Ha puesto tanto énfasis en la última frase que de pronto se ha levantado y le ha pedido a su padre:

—Sigamos paseando.

Sus labios sonríen y padre se lo agradece en lo más profundo de su corazón. De la biblioteca pasan al gran hall, a continuación al salón de música, donde admiran la inmensa cúpula de cristal que hay justo en el centro, y de allí salen a la cubierta de paseo. El primer toque de sirena suena de golpe, largo y contundente, anunciando a los visitantes que deben abandonar el barco. Ha llegado la hora de despedirse y padre e hija lo hacen deprisa, en un silencio que habla por sí mismo.

—Escribe, hija —le pide antes de irse. Su voz está rota, aunque intenta ocultarlo. Por eso no añade nada más y la abraza por última vez.

Mientras padre baja del gran transatlántico y busca un sitio en el muelle donde situarse junto al resto de familiares, Berta observa todo a su alrededor con aire perdido; la cabeza le da vueltas y percibe el aire de cubierta más frío que nunca. Los demás pasajeros la empujan hacia el borde de la baranda, donde se acumulan todos para el último adiós. Mira hacia el muelle buscando la figura conocida de su padre, pero todavía no está ahí. Como en una especie de tránsito entre el sueño y la realidad, contempla los rostros de los viajeros del barco y los de los que están abajo, en el muelle. Y le parecen muecas grotescas, bocas que se abren para gritar a alguien, pero ella no escucha nada, como si le hubiesen tapado los oídos con ambas manos. El segundo toque de sirena se le antoja tan fuerte que da un brinco, asustada, y entonces ve a su padre tratando de hacerse un sitio entre la muchedumbre. Se halla cerca de la pasarela, donde algo sucede. Hay un gran alboroto, padre es empujado por el gentío que va abriendo un espacio para dejar pasar a un último pasajero. Cuando Berta enfoca la mirada para distinguir de quién se trata, ve a una dama cubierta de pieles. «¡Es la gran Maya Demianova!», escucha gritar a su lado. «¡La bellísima bailarina rusa!» Y entonces los cuerpos se inclinan más hacia fuera para observarla mejor. Con un andar lleno de gracia, tan etéreo que no parece de

este mundo, la célebre artista sube por la pasarela de embarque dejándose adular por todos, tomándose su tiempo, completamente ajena a la partida inminente del barco. Berta contempla la escena embelesada y casi olvida que padre también está ahí. Cuenta hasta tres mozos que van detrás de la dama cargando con su equipaje de mano y entonces, al final de la comitiva, tratando de avanzar entre la multitud, distingue a una chica que a todas luces debe de ser la asistente personal de la famosa bailarina.

La orquesta empieza a tocar en cubierta una melodía que pretende ser alegre, aunque algunos pasajeros ya se han puesto a llorar mientras agitan sus pañuelos al viento y asoman sus cuerpos un poco más para registrar la última imagen de sus seres queridos. Berta vuelve a buscar a su padre entre la multitud: permanece muy quieto, con su traje gris y el sombrero que ahora alza con una mano. La distancia no impide que Berta pueda ver la solemnidad de su rostro, que no se corresponde con su figura, tan diminuta como parece desde cubierta. Al primer movimiento del gran transatlántico, percibe su partida tan nítidamente como un rayo de sol. Se marchan.

—¡Padre! —grita con todas sus fuerzas, pero su voz se la lleva el viento.

Siente que un terrible vértigo se apodera de todo su cuerpo, una especie de grito interior que sube a gran velocidad desde los pies a la cabeza. Y entonces se siente pequeña, muy sola, terriblemente asustada. Tiembla por dentro y por fuera, y empieza a llorar. Deja que sus lágrimas resbalen libremente por sus mejillas mientras se despide con una mano de esa figura querida que se va alejando, que ya no es más que un sombrero en medio de tantos. Cuando traspasan la bocana del puerto, cuando parece que el flamante *Reina Victoria Eugenia* se ha hecho a la mar, Berta se seca las lágrimas. Percibe, entonces, cómo la gente a su alrededor ya ha empezado a dispersarse. Se fija en algunas caras cercanas, todas ellas desconocidas, y de pronto divisa a la muchacha que ha subido al barco tras la

gran bailarina. Parece estar observándola desde hace rato y Berta, percatándose de que tiene su misma edad, le sonríe en una especie de ruego de amistad. Pero la chica continúa mirándola con cierta curiosidad, su rostro no muestra ninguna otra emoción. Al instante, se escucha la voz autoritaria de Maya Demianova, que exclama en francés:

—¡Ira! ¡Vamos dentro!

Y la chica desaparece antes de que Berta pueda acercarse a ella. Piensa entonces en las dos largas semanas que justo comienzan, imagina las horas, los días enteros que tiene por delante hasta hacerse a la idea de su nueva vida, una vida que empieza hoy.

Estancia Mitchell, Patagonia

Verano de 1987

A media tarde la anciana se quedó dormida en su sillón favorito del salón, el más cercano al gran ventanal. Desde allí se divisaba la entrada principal de la casa, y también el jardín delantero. Al fondo, como un auténtico escenario teatral, se levantaba la silueta de los Andes, que cada atardecer ofrecía una maravillosa luz crepuscular. Le pareció haber cerrado los ojos un solo instante para luego volver en sí, pero había transcurrido la tarde, y al despertar e ir recuperando lentamente la noción del tiempo se percató de que debía de faltar bien poco para la llegada de Valentina. Se puso las gafas de lejos y aguzó la mirada a través de la última luz del día para distinguir sus flores, allá en el jardín. Las lilas, el jazmín, las madreselvas y las malvas bañadas en los tonos violáceos y anaranjados del cielo candente. Valentina ya no lo vería hasta la mañana siguiente, se dijo, cuando el día volviera a despuntar en el horizonte. Sonrió al pensarlo, y dejó que sus párpados se cerraran otra vez. Lo hacía a menudo ahora que se acercaba a los noventa años: cerraba los ojos y pensaba, como si reservara sus fuerzas para las grandes ocasiones. Se entretuvo entonces en repasar mentalmente la conversación telefónica que días atrás había mantenido con su nieta escritora, cuando esta le había confesado que sufría un terrible bloqueo. «Necesito encontrar una historia, abuelita —le había dicho—, y creo que la Estancia Mitchell puede ser el lugar adecuado.» Nada era nuevo, pensó la abuela Berta desde el primer momento. Cada vez que Valentina debía comenzar o bien terminar una de aquellas

novelas que se vendían tan bien en Buenos Aires, buscaba refugio en la casa familiar. Y la abuela le preguntó cuándo iría, a lo cual Valentina respondió que en ocho días, pues ya había comprado el billete de avión. Le avanzó que se quedaría tanto tiempo como fuera necesario, que no tenía ninguna prisa en regresar a Buenos Aires ni a nada que la atase allá, así que el corazón de la abuela Berta dio un vuelco de alegría ante la feliz perspectiva de días enteros, semanas, quizá meses con su nieta favorita. Pero esta dicha que la invadió tras la larga conversación telefónica se desvaneció al día siguiente a causa de la llegada de una carta. La habían traído con el correo de la mañana y la sirvienta la había depositado en la bandeja de la entrada junto con el resto de la correspondencia: facturas, publicidad, alguna carta dirigida a uno de sus cuatro hijos, y entre todos esos sobres uno dirigido a ella sin ningún remitente, aunque enseguida reconoció la letra mecanografiada de siempre. Por alguna misteriosa razón Berta lo intuyó, y por eso todavía tardó unos instantes en abrir el sobre y extraer su contenido. Cuando lo hizo, encontró la confirmación a sus peores sospechas: Irina Alexandrovna Demianova había fallecido recientemente. Se lo comunicaba su viudo, tal y como ella había dejado expresado. A Berta le impresionó tanto leer de nuevo ese nombre... Habían transcurrido varios años desde la última carta, el contacto entre ambas mujeres se había ido perdiendo. Pero los recuerdos estaban muy vivos, y ahora que solamente quedaba ella se le hacían aún más presentes. El destino había hecho coincidir a aquellas dos muchachas en un barco que en 1918 cruzaba el Atlántico hacia el Nuevo Mundo. Otra vida las esperaba, y tal vez fue aquello lo que las unió desde el primer momento. Acudieron a la mente de la anciana un sinnúmero de imágenes de aquellos días a bordo, como si de una película se tratara; las conversaciones, las complicidades, todo aquello que les sucedió y el secreto que ambas debieron sellar en alta mar. Una vida entera sin contárselo a nadie. Y ahora tan solo quedaba ella. El día que pisaron tierra

argentina por primera vez, las dos muchachas se separaron con la dolorosa certeza de que no volverían a verse. La relación se había mantenido a lo largo de los años gracias a unas pocas cartas, pero con el paso del tiempo esas misivas habían empezado a dispersarse como gotas de lluvia que finalmente se secan. Y ahora, entre sus manos, el mensaje claro y desnudo: Ira había muerto.

Durante los días que siguieron a la triste noticia, y antes de que Valentina llegara, la abuela Berta tuvo tiempo de meditar, de recordar, y finalmente de decidir que ahora que todos habían fallecido y solo quedaba ella, ya no podía perjudicar a nadie más que a sí misma si decidía contarle todo. Y lo deseaba con todas sus fuerzas. La anciana tomó la firme resolución de compartir su secreto con alguien. ¿Y quién mejor que su nieta escritora, capaz por oficio y por talante de meterse en la piel de otro, de comprender la naturaleza humana, de perdonar y de no juzgarla con terrible y temida severidad? Porque la abuela Berta lo deseaba, lo necesitaba antes de dejar de existir.

Valentina conducía por la carretera, a falta de pocos minutos para llegar. Sentía el cansancio de las horas en el avión y luego en el coche, pero al fin se le aparecía ante sí el paisaje amado. El día había ido languideciendo poco a poco a medida que avanzaba a través de la estepa patagónica, y ahora apenas quedaba el último suspiro de luz. Sin embargo, al superar la última curva del camino, todavía tuvo tiempo de ver el azul del lago y las imponentes montañas al fondo. Ese era siempre el punto culminante de su regreso a la Estancia Mitchell, la casa donde nació y creció. El tiempo se detenía justo al pasar aquella curva, y las imágenes de su infancia acudían de golpe a su mente, mientras el tejado rojo de la casa grande se le hacía presente y paulatinamente el resto de las edificaciones. Sus labios se abrían en una leve sonrisa y sentía un gran alivio porque allí, en la Estancia Mitchell, todo seguía en su sitio.

Nada malo parecía haber sucedido en los años transcurridos, a pesar de los sucesivos golpes de Estado que el país había sufrido y de la dictadura que años atrás había sacudido y herido de muerte a tantos. En Buenos Aires hacía años que se vivía la miseria en cada rincón. La crisis económica, consecuencia de la mala gestión de tantos gobiernos, causaba estragos en sus habitantes, aunque habían existido tiempos peores, cuando además se vivían el miedo, el terror y el silencio más absolutos. La democracia había vuelto a instaurarse en el país de Valentina y el primer presidente escogido en las urnas, Raúl Alfonsín, había ordenado juzgar y condenar a los altos cargos de las juntas militares que mancharon el país de crímenes y de las más terribles violaciones de los derechos humanos. Pero también había sido él quien no hacía mucho había decepcionado y encendido los ánimos del pueblo argentino al otorgar impunidad a los cargos medios del Ejército, que también habían colaborado en el terrorismo de Estado. ¡Y todo ello en nombre de la obediencia que los militares debían a sus superiores!, se dijo Valentina con sarcasmo mientras hacía rodar el coche por el camino de gravilla. Sus manos agarraron con fuerza el volante al pensar en la situación económica, social e ideológica que estaban viviendo. Las tertulias con sus amigos y colegas se volvían acaloradas cada anochecer a la tenue luz de los cafés de Buenos Aires, y no había porteño que no tuviera un familiar, un amigo o conocido que no hubiese decidido abandonar el país, si es que no lo había hecho ya mucho antes, huyendo del terror. Pero, a pesar de todo, Valentina tenía su refugio, su paraíso particular que la aislaba de todos los males.

Había anunciado a la abuela por teléfono que se quedaría unas semanas, pero la muchacha estaba pensando seriamente en establecerse de nuevo en el campo. La idea había ido tomando forma en su mente desde que el tío Javier, el hermano

mayor de su padre, y quien actualmente administraba la finca de los abuelos, había reunido a toda la familia para compartir un asado y les había propuesto habilitar una parte de la Estancia Mitchell para el turismo creciente. «Es una buena salida –había argumentado delante de todos sus hermanos y con el beneplácito de la abuela Berta–. Muchas estancias de la provincia de Santa Cruz se lo están planteando, algunas de las familias que conocemos. También está ocurriendo en otras zonas... Es el futuro.» El tío Javier había realizado estudios, llevaba papeles para mostrar, y en aquel día del asado familiar todo el mundo convino en seguir adelante con el proyecto. Empezarían por unas pequeñas reformas para convertir las antiguas viviendas de los peones en habitaciones de huéspedes; y la cocina y el comedor donde en tiempos del abuelo Julio comían decenas de trabajadores que ya se habían marchado, quedarían fácilmente acondicionadas para ofrecer los servicios propios de un buen hotel rural. La casa grande permanecería igual, para la familia y nada más. Él mismo se ofrecía para gestionar el nuevo negocio turístico e invitaba a sumársele a todo aquel miembro de la familia que así lo deseara. Y fue ahí donde Valentina vio la luz, porque la idea, además de ser excelente, le ofrecía la posibilidad de trasladarse a la estancia y de combinar la escritura con el negocio familiar. Tal vez algunos de sus primos también lo hicieran, y entonces todo volvería a ser un poco como antes, como cuando eran pequeños y la Estancia Mitchell era un hervidero de gente y de actividad constante. Valentina ya podía verlo: trabajo en la finca, escritura y la presencia constante de la abuela Berta, que tanto bien le hacía.

Aquel día del asado en familia el tío Javier había logrado convencer rápidamente a todos porque la situación en la finca pedía a gritos la iniciativa de alguien: hacía años que el precio de la lana bajaba, y la Estancia Mitchell, como todas las otras estancias ovejeras del país, había visto reducir el número de sus peones y la actividad ganadera a medida que los beneficios

disminuían. La abuela Berta hablaba a menudo de los viejos tiempos en que la estancia era casi como un pequeño pueblo, con sus anexos a la casa grande y los trabajadores en incesante movimiento. Eran los buenos tiempos, cuando después de la Segunda Guerra Mundial la demanda de lana vivió sus momentos dorados. Lana de la Patagonia para un mercado mundial que necesitaba vestirse, calentarse y abrigar a sus soldados. El oro blanco, lo llamaban, y el abuelo Julio supo sacar provecho de ello. Pero todo eso fue en tiempos del abuelo. La situación había cambiado mucho, y si bien los cuatro hijos de Berta y Julio Mitchell habían sabido mantener el negocio lanero y también el de la carne vacuna a pesar de todo, también era cierto que había llegado el momento de idear nuevos beneficios con el fin de mantener la inmensa estancia familiar y librarse así de su venta en vida de la abuela, algo que ella jamás podría asumir. Porque Berta había llegado allí de jovencita y ya no se había movido. Eran escasas las ocasiones en que hijos y nietos la habían visto fuera de su hábitat natural, la Estancia Mitchell, donde nunca se cansaba de afirmar que había sido y era su lugar en el mundo.

Valentina pensaba en todo esto cuando de pronto se encontró apagando el motor ante la puerta principal de la casa. Al salir del coche, vio la figura un tanto encorvada de su abuela que, con el rostro iluminado, se le acercaba con los brazos extendidos para darle un cálido abrazo.

—Abuelita... —suspiró Valentina.

Apenas hubo tiempo para una cena breve, a base de sopa y jamón de guanaco, antes de retirarse a dormir. Ambas estaban cansadas, una a causa del largo viaje y la otra por el sinfín de emociones que se acumulaban en su corazón. Esa noche, la abuela Berta durmió tan profundamente que, al despertarse y bajar a desayunar a la mañana siguiente, se encontró con que su nieta ya lo había hecho hacía rato.

—Salió a montar a caballo, señora —le comunicó la sirvienta en el comedor.

De modo que la anciana tomó su desayuno y acto seguido salió a saludar el magnífico día veraniego. Era martes, y hasta el viernes no llegaría ningún hijo ni nieto más, pues todos se encontraban en la ciudad. Paseó por el jardín, ese reducto tan suyo donde crecían las flores a resguardo de los fuertes vientos patagónicos gracias a una estrecha y tupida hilera formada de álamos y algún viejo sauce que el mismo Julio mandó plantar. Su esposo había diseñado ese jardín tan poco corriente en la Patagonia, donde el tiempo inclemente y sobre todo el viento se lo llevaban todo, para obsequiar a su futura esposa con la más cálida de las bienvenidas. Y verdaderamente lo consiguió. Berta se acomodó en uno de los bancos y se dispuso a esperar a su nieta. Embriagada por los aromas que inundaban su jardín cada verano, dedicó sus pensamientos a recordar la primera vez: el día de su llegada.

Era un día de finales de diciembre cuando una Berta joven y recién casada llegó desde Buenos Aires al puerto de San Julián. Un carro de ruedas enormes esperaba a la pareja para trasladarlos a la Estancia Mitchell, situada a centenares de millas al oeste. En el camino a casa, Julio le explicó que para llegar era necesario cruzar la llanura en dirección a la cordillera andina, a través de un camino marcado tan solo por las ruedas de los carros que lo habían recorrido anteriormente. El tiempo parecía haberse detenido durante el monótono e interminable trayecto, y la falta de confianza entre la pareja se llenaba con silencio y la contemplación del paisaje. Berta fue familiarizándose lentamente con la inmensidad de la estepa patagónica, un paisaje infinito que, cuanto más lo pensaba, más le sugería la idea de un océano seco. De vez en cuando, una manada de guanacos aparecía cerca del camino y de lejos se divisaban las siluetas inmóviles de los restos de un caballo, una vaca o una oveja devorada por un ave rapaz. «Cóndores», le indicó Julio en un tramo del camino al tiempo que su dedo

índice señalaba un punto distante en el cielo azul donde esas aves gigantescas, que acabarían resultándole familiares, acechaban a su siguiente presa.

A medida que avanzaban, Julio fue sustituyendo los silencios por un sinfín de explicaciones. Se refirió a las grandes estancias de aquella zona que atravesaban, le contó que estaban administradas por personas llegadas de toda Europa y de otros lugares, y admitió lo lejos que estaban las unas de las otras, como más adelante pudo comprobar la misma Berta. Los baches provocaban que la muchacha rozara a menudo el cuerpo de su esposo, fuerte y robusto, al que poco a poco iba acostumbrándose. Apenas habían pasado unos días en Buenos Aires y ya se hallaban de camino a casa, en una tierra aparentemente inhóspita y muy alejada de la ciudad. Sin embargo, a Berta no le asustaba: más bien al contrario, la visión de aquel paisaje la iba seduciendo cada vez más. Julio regresaba a casa impaciente, pues la época de la esquila de las ovejas estaba a punto de comenzar y era precisamente entonces cuando el trabajo de todo el año llegaba a su zenit. Berta le lanzaba miradas mientras él seguía con sus explicaciones, y cada vez le parecía descubrir algún nuevo detalle en él. El amor ya vendrá, se decía a sí misma en aquellos primeros días de constante novedad, al tiempo que una misteriosa y poderosa fuerza corría por sus venas haciéndole dejar atrás toda la incertidumbre, la angustia y los temores de los días pasados. Ahora creía firmemente en su decisión: se trata de la gran aventura de mi vida, se repetía a sí misma una y otra vez.

Sumida en sus pensamientos, de repente se giraba y descubría la atenta mirada de Julio. ¿Qué pensaría de ella su reciente esposo? Con el paso de los años, él le llegó a confesar que esos primeros días observaba a su joven esposa maravillándose de su suerte. «Tan bella, tan dulce... y al mismo tiempo aquella mirada fuerte, sin miedo a nada. La inmensa estepa jamás te asustó», le había dicho tantas veces. Julio Mitchell llegó a admitir al cabo del tiempo que no recordaba más que

a una chiquilla con buenos modales cuando se aventuró a pedir su mano. Pero el azar y la osadía de querer una esposa europea para formar una familia le habían enviado a la mujer con la que, sin lugar a dudas, había soñado. Y todo esto se lo confesaba el enamorado a su esposa mirándola con aquellos ojos verdes, de un verde muy claro, herencia del padre escocés que vino a la Patagonia desde las Malvinas, unos ojos llenos de bondad que siempre acompañaron a Berta durante su vida en común. Pero el amor no llegó en esos primeros días, sino con el paso del tiempo. Fue al descubrirlo en su medio y verlo cabalgar cada día al amanecer campo a través; al conocerlo entre su gente e impregnarse de su carácter único y singular, el propio de los pioneros, mezcla de ternura y de una materia tan dura y tan resistente como la misma tierra áspera que pisaban o los fuertes vientos patagónicos. Fue justo entonces cuando empezó a amarlo.

Berta volvió al día de finales de 1918 en que, tras el largo trayecto, divisó el lago y las montañas por primera vez. El paisaje árido que habían contemplado desde que salieron de Puerto San Julián de pronto se había transformado: la presencia del lago, los bosques espesos que inundaban de verde las faldas de la cordillera de los Andes, todo se volvió más amable, se convirtió en un lugar más habitable al fin y al cabo. La Estancia Mitchell se le apareció como un espejismo tras las millas recorridas en carro: el tejado rojo de la casa grande y luego las casitas blancas que Julio le señaló como el lugar donde habitaban los peones, donde comían, dormían, así como el almacén de alimentos, las caballerizas, los corrales y un montón de instalaciones más que ella no llegó a asimilar. Porque fue entonces cuando vio el jardín, el espacio que sería su oasis particular y justo donde ahora, después de casi siete décadas, se encontraba esperando a que su nieta Valentina regresara del paseo matutino a caballo. Instintivamente, la mano se le fue al bolsillo donde guardaba la carta que había recibido. La tocó con la yema de los dedos para comprobar que seguía allí, aunque lo sabía de sobra.

La llevaba encima desde que se la habían entregado, pues esperaba que durante aquellos días a solas con su nieta llegara el momento oportuno para llenarse del coraje que le hacía falta y confiarle al fin su secreto.

Lo que ella no sabía era que aquello sucedería ese mismo día, después de comer. Berta mandó a la sirvienta servir el té en el salón donde abuela y nieta se instalaron. Berta esperó pacientemente mientras la muchacha dejaba la bandeja en la mesa y siguió todos sus movimientos hasta que desapareció por la puerta de la cocina. Entonces se dirigió a Valentina para preguntarle:

—¿Cómo va tu nuevo libro, querida?

—No va, abuelita. Todavía no hay libro —dijo Valentina sacudiendo la cabeza en un gesto de impotencia. Luego exclamó—: Odio admitirlo, ¡pero la hoja sigue en blanco! Hay algunas historias que rondan por mi cabeza, apuntes que guardo en libretas para este tipo de momentos... Pero ninguna idea sólida, abuelita, nada donde agarrarme de verdad para un nuevo y emocionante proyecto...

—Ya vendrá —le dijo sencillamente la abuela.

Pero aquello aún desesperó más a Valentina:

—Tú siempre lo tienes todo tan claro...

—No siempre ha sido así, querida —le rebatió la anciana—. Yo también he sido joven y mi cabeza ha estado llena de dudas. Sin embargo, ahora poseo la sabiduría de los viejos y digo que vas a salir de esta, como siempre te acaba sucediendo.

Alargó su mano hasta tomar la de su nieta y se la apretó con firmeza. Fue entonces cuando vio el momento idóneo; extrajo la carta del bolsillo y se la mostró a su nieta.

—¿De quién es, abuelita? —preguntó ella.

—Eso no importa —respondió la abuela. De repente se había puesto muy seria. Con un simple gesto invitó a su nieta a leerla, remarcándole—: Lo que cuenta es lo que dice.

Valentina, intrigada, leyó las pocas líneas que le notificaban a su abuela el fallecimiento de alguien. Sus cejas se alzaron para preguntarle:

—¿Quién es Irina Alexandrovna Demianova?

Berta cogió aire y contestó:

—Una mujer a quien conocí en el barco que me trajo a América.

Valentina abrió los ojos con gran sorpresa; jamás había oído mencionar ese nombre. Claro que no debería parecerle tan extraño, porque por todos era conocido que la abuela Berta era muy reservada con su vida de antes. Su padre le había explicado una vez que para ella era doloroso recordar aquel tiempo: primero sucedió la muerte de su madre mientras vivía en Louveciennes; después su padre se volvió a casar con una chica tan joven como ella con quien Berta nunca llegó a congeniar, y además se habían trasladado a vivir a Barcelona. Finalizada la Primera Guerra Mundial, la abuela Berta se decidió a cruzar el Atlántico en busca de una nueva vida al lado de alguien a quien había visto una sola vez, probablemente impulsada por su deseo de huir del nuevo marco familiar que su padre estaba creando y en el que ella no hallaba su lugar. Tomó ese barco y viajó sola durante más de dos semanas para reunirse con su desconocido futuro esposo, algo que no debió de resultarle nada fácil y que era incomprensible desde una perspectiva actual. Pero eso no fue todo, pues al poco tiempo de llegar la abuela Berta sufrió una nueva pérdida, su padre falleció repentinamente, con lo que quedó desvinculada definitivamente de su viejo continente. Valentina había tratado muchas veces de imaginarse a su abuela, una muchacha de veinte años que tuvo que afrontar todo aquello sola, lejos de casa, recién casada con un desconocido y sin otra familia en el mundo entero. Valentina escribía historias, aunque ninguna le parecía tan extraordinaria como la que su abuela debía de haber vivido. A pesar de que la anciana nunca quería hablar de ello, la joven seguía guardando la esperanza de que

algún día quisiera compartirlo con ella. Valentina anhelaba los detalles de ese compromiso por carta de sus abuelos, de la travesía por mar en uno de aquellos grandes transatlánticos a vapor que en el pasado cruzaban el océano; deseaba saber todo lo que una chica era capaz de pensar y sentir en 1918 en una situación como aquella, que verdaderamente parecía sacada de otro universo. Sin embargo, la abuelita solía responder con evasivas cuando alguien de la familia le preguntaba, para luego acabar insistiendo en que su vida comenzó a su llegada, el día en que conoció al abuelo Julio, con quien había creado la maravillosa familia que hoy tenía.

Valentina tomó conciencia de la importancia de aquel momento cuando la anciana le dijo:

—Quiero contarte la historia de dos mujeres. Una de ellas soy yo, la otra es Irina Alexandrovna Demianova. Deseo hablarte de mi viaje por mar a Argentina y de todo lo que allí sucedió.

La muchacha contuvo el aliento y esperó a que su abuela prosiguiera. Así lo hizo, pero su expresión adquirió un gesto extraño al decirle:

—Eres escritora, Valen, y por tanto sabes meterte en la piel de otros para comprenderlos. ¿Serás capaz de escuchar toda la historia antes de juzgarme?

Valentina la miró asombrada, preguntándose qué escondería aquella historia para que antes tuviera que ser advertida de ese modo. Aun así, con el temor de que su abuela se echara atrás antes de comenzar, se apresuró a responderle:

—Abuelita, puedes contarme todo lo que desees.

La anciana se demoró todavía un instante. Seguía mirándola fijamente sin decidirse a hablar. Y entonces Valentina percibió la angustia en sus ojos, unos ojos que había visto firmes y bondadosos desde donde le alcanzaba la memoria. Sintió una punzada de ternura infinita hacia su abuela, que le hizo dejar

la carta a un lado y acercarse más a ella. Valentina tomó sus manos con delicadeza y le aseguró:

—Abuelita, puedes confiar en mí.

Al escuchar esas palabras, fue como si Berta despertara de un sueño. Alcanzó la carta, la dobló con cuidado y se la guardó de nuevo en el bolsillo. Entonces se levantó y fue directa hacia la cajonera que había en un rincón del salón. Un mueble sólido, de un gusto clásico, como todo lo que era de otra época. La casa entera estaba decorada con un estilo que había superado modas y generaciones. Berta abrió un cajón y de su interior extrajo un cuaderno de aspecto desgastado que Valentina jamás había visto. La anciana se lo llevó al pecho un instante para luego volverse hacia su nieta. Antes de seguir, paseó su mirada por los retratos que colgaban en las paredes de su querido salón: sus cuatro hijos, Julio y ella en todas las etapas de una vida feliz, los nietos, la vida transcurrida en aquel lugar. Después se acercó a Valentina con el cuaderno en la mano, lo dejó sobre su regazo y le hizo una propuesta:

—Leeremos juntas el cuaderno de a bordo. Aquí está todo.

El cuaderno de a bordo

4 de diciembre de 1918

Partimos de Barcelona

Aún se vislumbra la línea de la costa a pesar de que la cubierta ha ido vaciándose. La orquesta ha dejado de tocar su música alegre y ahora reina una calma que alivia mi corazón. Comienzo este cuaderno de viaje con la firme intención de no perder detalle de lo que me rodea; quizá más adelante desearé recordarlo. Hace frío, el viento corta mis mejillas y cubro mi cuerpo como puedo, aunque todavía tiemblo. Mamá me diría que entrase, que cogerás un buen resfriado, no seas inconsciente, hija mía. Pero mamá no está. Tampoco padre. Estoy yo sola por primera vez. Percibo cómo la gente se mueve por los salones de primera clase, explorándolo todo, como hemos hecho antes padre y yo. No quiero entrar, todavía no. Me aferro estúpidamente a esta cubierta helada y vacía porque es aquí desde donde he visto a padre por última vez, hace tan solo unos instantes. Quizá todavía esté en el muelle, allí plantado, a pesar de que cada vez queda menos gente, del mismo modo que yo permanezco aquí, rodeada de todo este mar que cada vez me abrumba más. Tengo miedo y frío, mucho frío, tal vez a causa del viento o porque se me ha helado el corazón. Siento que cuando por fin me levante y entre en los salones repletos de lujo, no voy a encontrar el calor que esperaba, ahora todo ese esplendor se me antoja sin sentido. Pero no pienses, Berta, no pienses más allá del próximo minuto. Tal vez así sobrevivirás a todo lo nuevo, a lo que está por llegar.

Este diario me hará compañía durante el largo viaje. Voy a escribir en él todo lo que pase por mi mente. Será mi fiel

compañero, y puede que no me abandone nunca. Querido diario, deseo llenarte de palabras sinceras para que, poco a poco, me ayudes a conocerme a mí misma del modo en que todavía no lo he hecho.

Atardecer. Jamás había pensado lo sola que puedes llegar a sentirte a pesar de estar rodeada de gente. Ahora estoy en la biblioteca, después de haber pasado un rato en mi camarote echada en la cama sin nada más que hacer que contemplar fijamente el techo. Es para mí sola y cuenta con una cama, un tocador y mi propio baño. Se halla en el mismo piso que el gran comedor, al que se llega a través de un largo corredor en dirección a proa. Al salir del camarote e ir acercándome, he podido escuchar el rumor de los camareros preparando la primera cena a bordo. Pero todavía era temprano, así que he subido los peldaños de la imponente escalinata que conduce al gran hall; sin saber muy bien adónde dirigirme, he cruzado ese espacio de grandes dimensiones hasta llegar al salón de música, y de allí a la biblioteca, donde he buscado un sitio donde instalarme, probablemente por ser este el último espacio donde padre y yo hemos estado juntos. Apenas ha pasado una hora desde entonces, y ahora padre se encuentra tan lejos... El rincón junto a la ventana donde antes nos hemos sentado está ahora ocupado por un grupo de pasajeros, así que he tenido que conformarme con otro lugar. Unas damas distinguidas pasan de largo y ninguna se fija en mí. Yo simulo esperar a alguien, a ratos leo un poco, pero no llego a concentrarme. Y pensar en lo mucho que disfruto en casa con mis lecturas, en cómo suele levantarme el ánimo coger un libro de los que padre tiene en su biblioteca y sentarme a leer... Y ahora nada, ninguno de los ejemplares que he escogido de la biblioteca me convencen y enseguida se me va la vista hacia el gran ventanal. Afuera ha anochecido y solamente llego a divisar una negrura tan intensa como la boca de un lobo. Qué ganas de llorar, pero me aguanto.

La orquesta toca unas piezas en el salón de música adyacente, las notas del piano me llegan como gotas de agua tamizadas por el runrún de la nave. Vamos a toda fuerza de máquina, según he escuchado decir a alguien, aunque eso solo significa que este barco gigantesco, tan enorme que no logro comprender cómo puede flotar, me aleja cada vez más deprisa de todo lo que conozco.

Cuanto más se acerca la hora de la cena, más me aterra pensar que tendré que enfrentarme a unos compañeros de mesa que no saben nada de mí. Enseguida se darán cuenta de que yo no formo parte de todo esto y de que la primera clase no es en absoluto mi lugar. De pronto advierto que todas las damas y caballeros visten muy elegantes. ¡Se han cambiado de ropa para cenar! ¡Y yo no! Todavía estoy a tiempo, así que será mejor que deje de escribir y me apresure a bajar las escaleras hasta mi camarote. Suerte que padre me advirtió de que debía llevar un par de vestidos elegantes en el equipaje de mano, pues los baúles con el resto de la ropa están en la bodega del barco y quién sabe cuándo podré disponer de ellos. Entonces, ¿qué hago todavía aquí? La verdad es que no quiero ir a cenar. No tengo apetito, ni ánimo para conocer a nadie. Esta noche no, esta noche la intuyo larga, dolorosa y completamente en vilo. No ceno, hoy no, está decidido. Solo quiero tratar de dormir, o llorar, sin estorbos. Tal vez mañana, con la luz de un nuevo día, lo vea todo un poco más claro.